



INICIO DEL MANDATO PRESIDENCIAL DE
DON SEBASTIÁN PIÑERA ECHENIQUE
HOMILÍA CARDENAL RICARDO EZZATI ANDRELLO, S.D.B.
ARZOBISPO DE SANTIAGO
Santiago, lunes 12 de marzo de 2018.

Textos bíblicos:
1 Reyes 3, 4-14
Mt. 5, 1-11

*"Enséñame a escuchar para que sepa gobernar a tu pueblo
y discernir entre el bien y el mal" (1 Reyes 3, 9).*

Excelentísimo señor Presidente de la República, don Sebastián Piñera Echenique y Señora Cecilia Morel de Piñera, con sus hijos e hijas, nietos y nietas.

Autoridades de los diversos poderes del Estado, Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Señores ministros y ministras de Estado y demás autoridades del Gobierno. Autoridades todas, civiles, religiosas y militares, de Chile y de países hermanos que nos acompañan en esta Oración por la Patria, y quienes la rigen.

Amigos y amigas.

1.- "Si el Señor no construye la casa..."

Doy la más cordial bienvenida a Su Excelencia el Señor Presidente de la República de Chile. Bienvenido, Señor Presidente, a esta histórica Catedral de Santiago, techo común de la Patria que, desde los albores de su historia y hasta el día de hoy, ha cobijado tantos momentos trascendentes de su vida; espacio espiritual de encuentro y de esperanza; lugar donde se han enjugado lágrimas y mitigado dolores, y donde se han vuelto a despertar los más nobles propósitos de caminar unidos hacia tiempos mejores y, a pesar de las legítimas diferencias, se ha podido, se puede y se podrá, mirarse a los ojos, reconocerse hermanos y hermanas, y juntos, otear los prometedores horizontes de la patria, que brotan de la certeza de ser hijos del mismo Padre Dios, llamados a hacer de Chile "un hogar para todos".

"Patria", en efecto, tiene su origen etimológico y, sobre todo, su futuro más prometedor, en el reconocimiento de ser "hermanos y hermanas" por tener un "Padre" común. Para usted, Señor Presidente, y para todos aquellos y aquellas que han asumido la hermosa y desafiante misión de servir la vida del pueblo de Chile, invocamos la fuerza que viene de lo Alto, la sabiduría que procede de Dios, la fortaleza y la templanza, virtudes morales tan necesarias para "superar presiones e inercias viciosas", recordando que "los mejores mecanismos terminan sucumbiendo cuando faltan los grandes fines, los valores, una comprensión humanista y rica de sentido que otorguen a la sociedad una orientación noble y generosa" (Cfr. Francisco, en Laudato Sí, n° 181).

Nos lo recuerda la sabiduría de los salmos: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas" (Salmo 126).

2.- Palabras de sabiduría

Humildemente, y con el único propósito de estimular el compromiso de cuantos, junto con usted, han asumido la hermosa y desafiante misión de gobernar, es decir, la misión de caminar junto al pueblo, de manera especial junto a los más necesitados, para conducirlo hacia su más pleno desarrollo integral, fundado en la sabiduría que nos ofrece la Sagrada Escritura, junto con los hermanos y hermanas que creemos en Cristo, elevamos nuestra oración al Padre de los Cielos, por usted, por quienes comparten su responsabilidad y por todo el Pueblo de Chile, ya que todos hemos sido llamados a ser protagonistas y no meros espectadores de una historia común. Nos iluminan la oración con la que Salomón inicia su servicio de rey, y la página más hermosa y esperanzadora del Evangelio, el texto de las Bienaventuranzas del Reino.

2.1.- La petición de Salomón y la respuesta de Dios

El primer libro de los Reyes narra cómo, al inicio de su reinado, Salomón fue a Gabaón, el principal santuario de Israel, para orar y pedir lo que más necesitaba para su misión. Allí, en el silencio de la noche, experimentó la presencia del Señor que le dijo: "Pídeme lo que quieras". El corazón y la mente del nuevo gobernante, asombrado por la acción de Dios, desplegada en la vida de su padre David y en la historia del pueblo elegido, se hace memoria agradecida y plegaria confiada: "Señor, Dios mío, tú has hecho rey a tu siervo, sucesor de mi padre David; pero yo soy un muchacho que no sé valerme. Tu siervo está en medio del pueblo que elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede contar, ni calcular. **Enséñame a escuchar para que sepa gobernar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal**"... No, el joven rey no pide "larga vida" para sí; no pide riquezas; no pide la destrucción de sus adversarios. Solo pide "inteligencia" para acertar en el gobierno; un corazón que sepa escuchar el clamor de su pueblo. Y, al Señor le pareció bien que Salomón pidiera aquello: "Te daré lo que has pedido, una mente sabia y prudente, como no la hubo antes ni la habrá después de ti".

Es el don que, con afecto pedimos también para usted y para quienes generosamente lo acompañan en su noble tarea de gobernar a Chile.

Recientemente, el Papa Francisco en su homilía de la Misa por la Paz y la Justicia, celebrada en el Parque O'Higgins, recordaba cuán esencial es para lograr la justicia y la paz, saber leer el corazón de la gente, saber escucharla, y así, aprender a servirla mejor. Recuerdo sus palabras: "La primera actitud de Jesús es ver, mirar el rostro de los suyos: esos rostros ponen en movimiento el amor visceral de Dios. No fueron ideas o conceptos los que movieron a Jesús...; son los rostros, son

las personas; es la vida que clama a la Vida", la sabiduría de quien sabe escuchar, no sólo con los oídos y la razón, sino con el corazón. En palabras del Papa Francisco, esto significa "sembrar la paz a golpe de proximidad y de vecindad. A golpe de salir de casa y mirar rostros. De ir al encuentro de aquel que lo está pasando mal, que no ha sido tratado como persona, como un digno hijo de esta tierra. Esta es la única manera que tenemos de tejer un futuro de paz, de volver a hilar una realidad que se puede deshilar. El trabajador de la paz sabe que muchas veces es necesario vencer grandes o sutiles mezquindades y ambiciones que nacen de pretender crecer y "y darse un nombre", de tener prestigio a costa de otros. El trabajador de la paz sabe que no alcanza con decir: no le hago mal a nadie, ya que como decía San Alberto Hurtado: "Está muy bien no hacer el mal, pero está muy mal no hacer el bien" (Francisco, 16 de enero de 2018).

2.2.- Las Bienaventuranzas: profecía y compromiso

El texto evangélico proclamado, las Bienaventuranzas del Reino, constituye el horizonte hacia el cual, una vez más, somos invitados y desafiados a caminar. Como lo advirtiera el Papa Francisco: "Las bienaventuranzas no nacen de una actitud pasiva frente a la realidad, ni tampoco de un espectador que se vuelve un triste autor de estadísticas de lo que acontece; no nacen de los profetas de desventuras que se contentan con sembrar desilusión, tampoco de espejismos que nos prometen la felicidad con un "clic", en un abrir y cerrar de ojos... Las bienaventuranzas nacen del corazón compasivo de Jesús, que se encuentra con el corazón necesitado de compasión de hombres y mujeres que quieren y anhelan una vida bendecida: "De hombres y mujeres que conocen el desconcierto y el dolor que se genera cuando "se te mueve el piso" o "se inundan los sueños" y el trabajo de toda una vida se viene abajo; pero más saben de tesón y de lucha para salir adelante; más saben de reconstrucción y de volver a empezar" (Ibídem).

El cambio de época, como también el inicio de un nuevo gobierno, son una ocasión propicia para renovar el propósito de trabajar con tesón y de luchar con perseverancia frente a tantos desafíos que afectan y hacen sufrir a quienes, en nuestra sociedad, aún viven al margen del bienestar, en la periferia de una sociedad que ha crecido sin equidad y con una insuficiente solidaridad.

Me ha llamado fuertemente la atención el juicio de un experto mundial en economía que, en vísperas de Navidad aseveró: "La globalización, sin reglas, ha enriquecido aún más a las multinacionales; ha pagado menos la obra de mano; ha empobrecido la clase media de los países occidentales y ha marginado a no pocos trabajadores" y, con fuerza de un profeta secular, denunciaba el escándalo que significa el hecho que los ocho hombres más ricos del mundo son poseedores de la misma cantidad de dinero que deben repartirse 3.600 millones de pobres.

Ciertamente, este no es el camino de las bienaventuranzas que Jesús propone. En la carta pastoral "Chile, un hogar para todos", el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal ha querido ofrecer una palabra sobre los grandes desafíos que la sociedad chilena está llamada a enfrentar y superar. Entre ellos se destaca: La pobreza que, aunque ha disminuido, sigue afectando todavía una parte importante de la población; la familia y la creciente inestabilidad matrimonial; la situación desmejorada de la mujer en la organización de la sociedad; el desafío de acompañar a los jóvenes en la realización de sus grandes ideales, la urgencia de ofrecer a los menores de edad desvalidos, protección y educación de calidad. El país no puede cerrar los ojos frente a quienes reclaman una digna y pronta atención para su salud, a los privados de libertad, a los adultos mayores, siempre

más numerosos, a los miles de migrantes en busca de horizontes mejores y, de forma especial, frente a nuestros hermanos mapuche y a otros pueblos originarios.

A los pobres, a los afligidos, a los desposeídos y a los que tienen hambre y sed de justicia; a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz, a los perseguidos a causa del bien, las bienaventuranzas abren las puertas de tiempos mejores, porque el Reino de los Cielos les pertenece, porque serán consolados, porque heredarán la tierra, porque sus aspiraciones serán saciadas. Son bienaventurados porque hombres y mujeres de esperanza, se atreven a pedir a Dios el don de un corazón sabio y audaz, capaz de conmoverse, bajar de su cabalgadura y de curar las heridas. Así crece la esperanza y así renace la confianza, y así Chile será un "hogar para todos", un pueblo bienaventurado.

Conclusión:

"La felicidad de Chile, hogar de todos y todas, dependerá del esfuerzo que juntos despleguemos, unos a favor de otros, por el bienestar común, por la dignidad de cada uno y cada una, especialmente de los más vulnerables entre nosotros". Así termina la Carta Pastoral de los Obispos de Chile. Y estos son también los buenos deseos y las intenciones que confiadamente presentamos ante el Padre Dios en esta solemne oración.

En el presente año recordamos tres bicentenarios históricos de nuestra patria. El 12 de febrero pasado, hemos recordado los 200 años de la Declaración de la Independencia; el próximo 5 de abril, será el bicentenario de la batalla de Maipú y, en unos días más, el 14 de marzo, será el bicentenario del voto O'Higgins, es decir, de la promesa que dio origen al Santuario Nacional de Maipú y a la Alianza de amor de la Virgen Santísima del Carmen con nuestro pueblo.

A Ella, Madre y Reina de Chile, le pedimos velar sobre su servicio, al tiempo que la invocamos para el bienestar de todo el pueblo de Chile.

Amén.

**+Cardenal Ricardo Ezzati Andrello, S.D.B.
Arzobispo de Santiago**